

Valentín no buscó nueva querida y declaró que estaba extraordinariamente cansado de mujeres. Aquel fué el período más agitado y más terrible de su existencia de libertino. Se dió á beber licores americanos en los cafés, después de media noche, y se presentó varias veces en el club en tal estado, que se hubiera pedido su expulsión si hubiera seguido frecuentándolo. No gastaba el dinero con exageración. La imposibilidad de hallar un límite en que contenerse, le desanimaba. Parecía un nadador que no se atreviese á sumergirse en aguas desconocidas por miedo de no encontrar el fondo.

La señora Mossler, muy indiferente cuando se trataba de los gastos de su hijo adoptivo, se manifestó muy preocupada cuando se trató de su conducta y de su moralidad. La protestante se despertó y por primera vez se mostró seriamente descontenta. Estaba al corriente de los hechos de Valentín por Eliphaz, el cual tenía á sus órdenes una verdadera policía empleada en su ministerio de buenas obras. Sin ninguna malevolencia al principio y tan sólo por adhesión á la señora Mossler, el anciano se dejó interrogar y dijo la verdad, pues, incapaz de mentir, no podía hacer más que callarse. No lo hizo así y se arrepintió muy amargamente.

Al retirarse el conde de Coutras, una mañana, según su costumbre, á casa de su madre adoptiva,

la encontró fría y grave, y como no estaba acostumbrado á que le pusiera mal gesto, se quejó en seguida con audacia de niño. La señora Mossler, que parecía esperar la ocasión de explicarse, enunció en el acto sus quejas.

— Estoy descontenta de ti, querido hijo. Tienes una manera de vivir que me disgusta soberanamente y quiero que lo sepas, porque supongo que tu cariño hacia mí te ayudará á corregirte.

— No lo dudes, respondió en tono cariñoso Valentín. Pero ¿de qué me acusas? Es preciso que sepa en qué te contrarío para no volver á hacerlo más.

— ¡Oh! Me contrarías de muchas maneras, pero sobre todo, por tu mala elección de amigos. No te tratas más que con personas mal reputadas.

— ¿Quién te ha dado semejantes informes de mí? ¿Tengo, pues, enemigos á tu lado?

— No tienes más enemigo que tú mismo. ¿Crees que es difícil saber lo que haces? Basta abrir un periódico... y no necesito ni comprarlo, porque me los envían llenos de rayas encarnadas en el párrafo que se refiere á ti. Mira, aquí tienes el *Gil Blas* de ayer... « Hace algunas noches, en el baile de la Ópera, los señores de Croix-Mesnil, Prieur y el hermoso *Pepitero*... » El hermoso *Pepitero* eres tú, según parece; ¿sabes que te han aplicado ese mote?

— Sí, madre mía; es por las pepitas de oro...

— ¿Y crees que si tuvieras otra conducta, si no frecuentaras continuamente establecimientos inmundos, se permitiría nadie tratarte con esa degradante familiaridad?

— Vamos, madre mía, no exageremos. No tiene nada de degradante que mis íntimos me llamen *Pepitero*. Me agrada que los periodistas estén algo inclinados á cogerse de mi brazo... Pero todo esto es insignificante. Al duque de Beaufort le llamaban el *Rey de los Mercados* y no desdeñaba el codearse con sus súbditos, lo que no le impedía ser un gran señor. En cuanto á esos establecimientos inmundos de los que me supones concurrente asiduo... ¡si supieras qué sociedad frecuenta la cantina de la Ópera, te quedarías asombrada!

— Lo creo.

— Pues es todo lo que hay en París más distinguido.

— Si; ya sé que hay una especie de delirio de degradación que arrastra á los hombres y á las mujeres de la mejor sociedad á frecuentar sitios en los que no querrían entrar sus criados... Es una prueba de genialidad. Pasan la noche en las tabernas del *boulevard* exterior, en medio del humo del tabaco y oyendo canciones sucias ó revolucionarias. Sé que la sociedad aristocrática ha preparado su derrota por su falta de decoro.

No espera que la hagan descender por fuerza al nivel común y se precipita ella misma de cabeza en el arroyo. Ella se retorcerá de rabia un día, pero eso es cuenta suya y yo no tengo para qué ocuparme sino de tu caso particular, en esta general locura. Te querría mejor que los demás y te encuentro peor. Tus congéneres van á la taberna por tontería; tú vas por vicio. Ellos no hacen más que perder el tiempo; tú pierdes la razón...

— Madre mía...

— Me es penoso hablarte así, pero en tu propio interés debo ir hasta el fin. Tu intemperancia es causa de escándalo; y las personas con quienes vives íntimamente son las que te han impulsado á esa degradación... Creo, por tanto, necesario que rompas con ellos.

— Te han prevenido contra esos amigos y contra mí.

— Ese Hugo de Croix-Mesnil y ese Fernando Prieur no son los compañeros con quienes quisiera verte... Uno de ellos, por lo menos, vive completamente á tus expensas.

— He tenido el placer de hacerle algunos servicios. Pero, ¿eres tú la que me lo echas en cara, cuando pasas la vida buscando pobres á quienes socorrer?

— Yo trato de que sean dignos de interés.

— ¡Ah! madre mía; ¿hay algo más interesante

que un hombre bien nacido, acostumbrado al lujo y que está amenazado por la miseria?

— Si ese hombre es laborioso, cambia de existencia y sale adelante...

— Eso es difícil de resolver y nada cómodo de ejecutar.

— Tu padre lo ha hecho y eso es lo que te ha valido mi cariño. Nada más conmovedor ni más honroso que el valor de aquel joven que, desterrado á las soledades de África, trataba de reconquistar por su trabajo todo lo que había perdido. Mossler y yo éramos de una raza trabajadora, bestias de carga creadas para las duras tareas... Pero él, el conde Jacobo, nacido para la ociosidad, bello caballo de regalo, educado para la carrera ó para la batalla... Trabajó, sin embargo, con nosotros en el campo de oro, y en él murió... Esto es lo que nunca olvidaré y lo que me hace ser tan indulgente para tí... Pero todo tiene un límite y no sufriré que tú le traspases.

Valentín tenía, entre todos sus defectos, una notable cualidad; la de saber dominarse y poner á mal tiempo buena cara. Tenérselas tiasas con la señora Mossler hubiera sido una grave imprudencia, por muy seguro que estuviese de su ascendiente con ella. Se dió cuenta claramente de que era preciso recoger velas y hacer concesiones, al menos en apariencia, y, adoptada esta

resolución, la puso por obra con hábil prontitud.

— Bien sabes que jamás te he desobedecido. Estoy pronto á conformarme con tus deseos y desesperado por haberte causado un disgusto; esto es solamente lo que tengo en cuenta.

— Si haces lo que quiero, todo lo olvidaré. Sólo te pido que te portes razonablemente y para esto me parece necesario que cambies de existencia.

¿Quieres darme gusto?

— Sí, por cierto.

— Pues bien; cástate.

Valentín dió un respingo y dijo sonriendo:

— ¡Diablo! Me disparas eso á boca de jarro, sin prevenirme... ¡Vaya una resolución!... Nunca me habías hablado de eso... ¿Pero así, tan pronto? No tengo más que veintiséis años...

— Dos más que Mossler cuando se casó conmigo.

— Pero él no tenía una madre como tú, que le facilitase una existencia admirable.

— Tu existencia será tan admirable como ahora después de casado y mucho más regular.

— Pero casarme... ¿Con quién? ¿Me tienes una novia dispuesta?

— No. Te la buscaré en cuanto estemos de acuerdo.

Valentín respiró, porque entrevió un plazo y ese plazo era para él el porvenir entero, pues él

sabría arreglarse para salir del callejón en que la señora Mossler quería encerrarle.

— ¿Tú lo quieres? dijo; pues sea; me casaré. No pensaba abandonar tan pronto mi libertad, pero ya que mi sumisión es una garantía para ti, quiero que estés satisfecha.

— Lo estoy y más de lo que pudiera decirte, pues no sólo veo realizarse un proyecto en el que siempre he pensado con gusto, sino que tengo la seguridad de lograr que tu vida sea digna. Descuida; te buscaré una joven encantadora y que no sea rica; tú lo serás por los dos y hasta por cuatro, pero la quiero perfecta en todos sentidos. Es preciso que la ames y que ella te haga honor... Fía en mí.

— Eso es lo que siempre he hecho hasta ahora y nunca me ha ido mal... ¿No tenías nada más que mandarme?

— Nada más. Pero está convenido que vas á renunciar á la absurda existencia que llevas y á desembarazarte de esos dos individuos.

— Me marcharé esta misma noche á Niza; esta es una garantía para ti. Haré una pequeña correría en mi barco y volveré purificado de todos mis yerros. ¿Es esto lo que deseas?

— Eso mismo.

Como estaba acordado, Valentín partió y dejó en París á sus dos camaradas. Al saber éstos su

llegada á Niza le telegrafiaron que iban á reunirse con él; pero Valentín les respondió en seguida: « Tenéis, amigos míos, tan malas costumbres, que habéis logrado comprometerme. Estoy en Niza precisamente para no veros más. Bebed en adelante solos vuestros *cocktails*. Si deseáis envenenaros fumando virginias, os enviaré algunos paquetes de San-Remo, de contrabando. Puedo todavía hacer eso por vosotros, pero nada más. Os estrecha las manos, *COUTRAS*. »

La naturaleza fría y cambiadiza de Valentín, con sus puntas de ferocidad, que daba á sus actos un carácter particular, se manifestó plenamente en aquel abandono de sus compañeros. El día antes no se separaba de ellos y al día siguiente ya no los conocía. No había en él ninguna afectación, ningún esfuerzo para aquel abandono de una costumbre, ya que no de una amistad; ni siquiera la pequeña emoción que causa la partida de las personas con quienes se ha vivido algunas semanas; ni siquiera la melancolía de la soledad. El conde de Coutras se había encarrilado en una vía nueva, iba en dirección diferente y no se cuidaba para nada de los que dejaba detrás de él. No le eran indispensables; hasta le molestaban. Desde ese momento, el soberbio egoísmo, que constituía el fondo de su carácter, le indujo á no pensar más en ellos.

Y realmente no pensó, mientras surcaba con la

quilla de su precioso yacht *África* las ondas azules de un mar admirable en la *Riviera* de Niza y en el golfo de la *Napoule*. Un orden de sensaciones nuevas se apoderó de él y se preguntaba con sorpresa cómo había podido permanecer entre las brumas y el fango de París mientras en la costa de la Provenza el cielo era tan puro, el sol tan brillante y la tierra tan coquetamente adornada de verdor y de flores. Estaba muy lejos de pensar en la promesa que había hecho á la señora Mossler. La olvidó tan fácilmente como á sus compañeros de crápula y se dió por completo á su barco, al mar y al espacio.

Durante este tiempo la señora Mossler no se descuidó. De su vida de aventuras le había quedado la costumbre de la actividad é iba siempre derecha á su fin. Además poseía en Eliphaz un colaborador sin segundo y éste fué quien descubrió á la señorita Enriqueta de Pierremont. Severamente educada por una tía suya entrada en años y pobre, la joven no había tenido otras distracciones que el estudio y era muy inteligente, muy instruída y poseía gran talento musical. Alta, rubia, de aspecto arrogante, un poco grave pero sencilla y tierna, Enriqueta no tenía nada de la bachillera moderna que pulula por los salones, con su gerga masculina, sus aires extravagantes y sus gustos raros, y que van desde el café concierto á las carreras de bicicletas, pasando por los cursos de la Sorbona. Sabía

conversar, trabajar y recibir la sociedad. Estaba emparentada con las mejores familias, pero la modestia de su posición al mismo tiempo que la vejez de su tía la tenían alejada del mundo. El señor Clement dijo á la señora Mossler:

— No encontrará usted para su Valentín nada mejor que la señorita Enriqueta. Es bastante hermosa para hacerse amar por él y bastante juiciosa para dirigirle. Si tiene usted la suerte de que tome ascendiente sobre él, tiene usted á su hombre con lo que necesita. Valentín es inteligente y capaz de apreciar las raras perfecciones de esa muchacha encantadora, en la que tendrá una compañera como es hoy muy difícil encontrarla. No hubiera yo deseado otra mujer para mi hijo si no hubiese encontrado á mi nuera. Cuando usted la conozca quedará prendada de ella. Sus disposiciones para la música son tan notables, que Diemer le pide que vaya á tocar á cuatro manos con él, y ya sabe usted lo delicado que es. Dicen que canta extraordinariamente bien, pero no concurre sino á muy reducidos círculos sociales. No hay, de seguro, diez jóvenes en París que valgan lo que ella por la solidez de sus principios, la modestia de su aspecto y la cultura de su espíritu.

La señora Mossler escuchó silenciosa á su consejero y, por fin, pronunció estas palabras que probaban profundo conocimiento del corazón humano:

— ¡ Siempre que no sea demasiado perfecta !

Los temores de la señora Mossler no parecieron realizarse. Valentín, á su vuelta á París, fué presentado á la señorita Enriqueta de Pierremont, con la que se puso en seguida de acuerdo. Animado por su madre adoptiva, el conde de Coutras se propuso agradar y se mostró encantador. Se apoderó de la buena voluntad de la tía y consiguió enamorar á la joven. Sin esfuerzo y con toda naturalidad, se condujo tan perfectamente durante los dos meses anteriores á su matrimonio, que aun las personas más prevenidas contra él debieron creerle metamorfoseado.

Aquella movilidad de fisonomía y de actitudes, aquella facultad de duplicarse, en cierto modo, y de representar un personaje completamente opuesto á su verdadera naturaleza, aquella adaptación de todas sus facultades al medio en que se encontraba momentáneamente, que hacían de Valentín un actor prodigioso, engañaron todas las miradas y todos los juicios. Todo el mundo pensó que se había hecho serio y que sería un excelente marido. Él mismo lo creyó y se propuso de buena fe hacer feliz á aquella amable Enriqueta. El matrimonio se realizó, pues, bajo los más dichosos auspicios.

La señora Mossler, en el colmo de la alegría, dió veinte millones á su hijo adoptivo y el hotel de la avenida de Friedland. Durante seis meses,

el conde estuvo verdaderamente enamorado de Enriqueta. Para un libertino acostumbrado á la señora Bourdón, el amor de Enriqueta era una picante novedad. Pero al cabo de medio año, su constancia, jamás muy duradera, se agotó, y el marido volvió á sus ocupaciones de soltero y á sus placeres y dejó á la condesa, no en la soledad, pero sí reducida á la intimidad tranquila y placentera de amigos, que su inteligencia y su buen gusto le habían conciliado. Las relaciones entre los esposos siguieron siendo públicamente excelentes, porque Valentín, aunque ligero é inconstante, conservaba cuidadosamente las apariencias, y si Enriqueta sintió alguna pena supo ocultarla con dignidad. La señora Mossler no vió al principio nada más sino que no tenían ningún hijo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO